



Mariano Di Pasquale y Marcelo Summo (comp.)
Trayectorias singulares, voces plurales. Intelectuales en la Argentina. Siglos XIX-XX
Buenos Aires
Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero
2015
275 páginas

Patricio Fontana¹

La polifonía de una práctica: intelectuales en el Plata

Recorrer el índice de este libro y detenerse en los títulos de los nueve capítulos que lo conforman puede llevarnos a concluir, muy equivocadamente, que estamos ante un volumen meramente misceláneo que aglutina trabajos con poca o ninguna relación entre sí. Sin embargo, ya la lectura del “Prefacio” –firmado por Di Pasquale y Summo– nos persuade de lo contrario: de que estamos ante un volumen homogéneo que recopila un conjunto de trabajos que responden, todos ellos, a una misma inquietud: “contribuir a una historia de la vida intelectual argentina” (13), haciendo foco en una serie de “casos” que van desde la actuación del clérigo Juan Manuel Fernández de Agüero en la tercera década

del siglo XIX a la del especialista en filosofía del derecho Carlos S. Nino durante el gobierno de Raúl Alfonsín en la década de 1980. En este sentido, cada uno de los capítulos que componen este libro responde a diferentes entonaciones de una misma pregunta: ¿cómo se articula el rol del intelectual con los espacios político y cultural? En relación con esto, además, desde el título es central la noción de “trayectoria”, un término que implica poner en consideración, al abordar el problema del intelectual y su relación con diversos espacios de actuación, distintos “aspectos biográficos” que no excluyen ni siquiera “la esfera privada” (12).

¹ Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Mail de contacto: patriciofontana@hotmail.com.

El primer artículo, cuyo autor es Mariano Di Pasquale, explora el vínculo entre el proyecto reformista de Bernardino Rivadavia y la actividad docente de Juan Manuel Fernández de Agüero al frente, desde 1822, de la cátedra de Ideología de la Universidad de Buenos Aires. El autor, para ello, realiza una minuciosa compulsión de los *Principios de Ideología*, obra que Agüero había preparado como guía o esquema de estudio para sus alumnos, con los textos de Destutt de Tracy, estableciendo minuciosamente en qué sigue, y en qué no, el catedrático argentino al ideólogo francés. En ese análisis, por lo demás, no importa solo el contenido de ese manual en relación con su función áulica sino que importa, también, su relación con un afuera: el de la política. Así, por ejemplo, Di Pasquale señala el vínculo existente entre el abordaje que hace Agüero en sus *Principios* del problema de la moral y su relación con la reforma eclesiástica emprendida por Rivadavia en 1822. En esta misma línea, el autor lee la querrela que se estableció a propósito de la disputa entre Agüero y el rector de la universidad, Antonio Sáenz, y cómo esa polémica desbordó los estrictos límites de lo académico para expandirse y multiplicarse en la prensa periódica de la época; vale decir, en un incipiente “espacio público”. Lo que estaba en juego, concluye Di Pasquale, era “una educación basada en los principios religiosos o la propuesta de una educación fundamentada en los principios ideologicistas” (41).

En el segundo capítulo, Rosalía Baltar persigue la fascinante trayectoria de Carlo Zucchi, un arquitecto italiano que vino al Plata contratado por Rivadavia durante su gestión y que permaneció aquí muchos años más que los correspondientes a la acotada y controvertida “feliz experiencia”. Para ello, Baltar se concentra en el análisis de la correspondencia que

Zucchi mantuvo con otros “emigrados italianos” y, de este modo, reconstruye los avatares de unas existencias que se jugaron, muy azarosamente, a uno y otro lado del Atlántico. Del artículo, entre otras cosas, resulta especialmente productivo el análisis de las relaciones de estos artistas con el gobierno de Rosas y con Rosas mismo. Baltar, entre otras cosas, asegura que esa relación no era una mera actitud acomodaticia sino que existía una sensibilidad neoclásica que aunaba al gobernador de Buenos Aires y a los emigrados italianos.

Como el primer capítulo, el tercero realiza un pormenorizado análisis de un texto —en este caso el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* de Juan Bautista Alberdi— no solo para poner en evidencia exhaustivamente la por momentos miscelánea matriz filosófica de ese texto, sino para leerlo fuertemente en relación con el contexto de su aparición, es decir, el del fulgurante ascenso al poder de Rosas en 1835 y el estado de ese gobierno en 1838. Una vez más, como en el caso del texto de Agüero y su relación con el programa rivadaviano, se trata de insistir en una dialéctica del afuera y el adentro textual que ilumine la labor intelectual más allá de la mera escritura de textos de índole política o filosófica. El análisis que propone Mercedes Betria le da carnadura a la labor intelectual de Alberdi y, entre otras cosas, permite sugerir que en el propio texto se diseña la figura del “publicista sin estado” (117) en la que se convertirían los miembros de la Asociación de Mayo luego de su exilio a fines de 1830. Se trata, como se advierte, de evitar leer los textos asépticamente para ponerlos en relación con unas trayectorias y unos contextos que los cargan de dramatismo y los retiran de la mera y tramposa abstracción.

El cuarto trabajo, de Federico Medina, propone “avanzar en el estudio del proyecto político y social ideado por Escolástico Zegada” (120), un clérigo cuya vida transcurrió en la provincia de Jujuy entre 1813 y 1871. Para ello, Medina analiza en detalle los textos que Zegada redactó en la década de 1850 donde se contraponen la “República enlutada” –es decir, el período rosista– a la “República deseada”, república para la que el clérigo jujeño –cuyas simpatías para con el gobierno de Urquiza eran de público conocimiento– diseña una serie de principios que “permitiesen cimentar un orden republicano sobre la base del catolicismo romano” (121). Consecuentemente, en el proyecto republicano de Zegada, la importancia de los clérigos y de la enseñanza de la doctrina católica resulta nodal, a punto tal de que –afirma Medina– “Zegada buscó hacer de los sacerdotes propagadores activos de la civilización, del progreso y de la beneficencia” (145).

Rubricado por la investigadora Karina Vázquez, el capítulo 5 no se refiere a una trayectoria intelectual singular ni a los textos de un único autor. Por el contrario, este artículo estudia una publicación –*Martín Fierro*– y, en especial, la presencia en sus páginas de ciertos “tópicos americanistas que identifican a la nueva generación desde la reforma universitaria” (151). Así, Vázquez descubre, gracias a un análisis pormenorizado de los diferentes números de la revista, que la presencia del americanismo en las páginas de *Martín Fierro* les permitió a sus redactores suturar ciertos problemas que les planteaban: tanto el cosmopolitismo como la conformación de un nuevo nacionalismo que desde sus páginas se propiciaba de manera militante. Así, por ejemplo, la investigadora asegura que “Ante las dificultades para encontrar

una conjunción, un acuerdo compartido entre la exaltación de la modernidad urbana y la recuperación de un pasado pretérito o imaginado, *Martín Fierro* recurre con frecuencia al americanismo” (172).

Los capítulos 6, de Guillermina Georgieff, y 7, de Marcelo Summo, pueden o deben leerse de manera complementaria porque ambos, a su modo, buscan responder a una misma cuestión: cuál fue el devenir de los intelectuales –o de ciertos intelectuales– durante los dos primeros gobiernos peronistas. Por su parte, el de Georgieff no solo analiza las trayectorias de intelectuales cercanos al peronismo (como Carlos Astrada, John W. Cooke o Leopoldo Marechal) sino que, sagazmente, pone en relación la palabra de esos intelectuales con la del propio Perón acerca del rol que debían cumplir estos en el Estado que su gobierno estaba diseñando. Es decir, Georgieff se pregunta acerca de cómo el gobierno peronista –y Perón en particular– buscaba, de manera no siempre clara, interpelar a los intelectuales. Por su parte, el trabajo de Marcelo Summo pesquiza de qué forma, durante la primera mitad de la década de 1950, en los artículos que publicó en los diarios *La Prensa* y *Democracia*, Jorge Abelardo Ramos fue forjando de manera tentativa un pensamiento que lo iría alejando de su formación “marxista” para ir delineando lo que se llamaría “izquierda nacional” (225). El hecho de que ese proceso se desarrollara durante la segunda presidencia de Perón, por supuesto, no deja de ser fundamental en el desarrollo de los argumentos de este artículo.

Al igual que el capítulo 5, dedicado a *Martín Fierro*, el capítulo 8 no se refiere a trayectorias individuales sino a proyectos editoriales: los casos de *Unidos* –cuyos miembros estaban identificados con la militancia peronista– y *Punto de Vista* –

identificados con la “Intelectualidad de izquierda”-. En ambas revistas de singular importancia, Martina Garategaray estudia las dificultades y las tensiones que en ellas se advierten para mantener una “autonomía crítica” con respecto a la política o la crítica cultural. En efecto, para ambas publicaciones era muy difícil no intervenir de una u otra manera en un contexto especialmente efervescente como fue el regreso de la democracia y el gobierno alfonsinista.

Escrito por María Cristina Basombrío, el último capítulo está dedicado a explorar la fascinante y desconocida trayectoria intelectual del jurista Carlos S. Nino y, en especial, su activa participación en el gobierno de Raúl Alfonsín. Allí, en uno de sus primeros párrafos, se afirman una serie de cuestiones sobre el problema de los intelectuales que, retrospectivamente, permiten pensar este libro en su totalidad – y no solo este capítulo que lo clausura–:

[...] la cuestión de los intelectuales no se abre “con una sola llave o con un solo número, sino gracias a una combinación de números”, lo que conduce a reconocer que su papel en la política es complejo y que su abordaje requiere aceptar el desafío teórico y práctico implícito en tal complejidad (258).

En efecto, en sus nueve capítulos, en sus múltiples abordajes, en los distintos momentos históricos que se propone indagar (desde la década de 1820 a las vísperas del gobierno de Carlos Saúl Menem), *Trayectorias singulares, voces plurales. Intelectuales en la Argentina* hace evidentes esa complejidad y ese desafío de los que habla la cita precedente. Por tal motivo, la homogeneidad de este libro no radica en la práctica de idénticos procedimientos para investigar la historia de la labor intelectual en la Argentina sino, justamente, en su capacidad para articular, en un mismo volumen, una pluralidad de enfoques –unas voces– que redundan en un resultado por demás generoso para con el lector.